

Depredador de las sombras

David Barrenechea Ortiz

Image not found.

Capítulo 1

Depredador de las sombras

La Oscuridad fue invadida por una penumbra, la cual se desplaza con la luz en su centro. Esta luz nace de una antorcha llevada por un hombre, tras de él, dos más lo siguen.

Desde una mina de diamantes, al pie de un volcán apagado, ingresan a la caverna, llevados por el deseo que nace cuando copulan la ambición y la curiosidad. Poco a poco y paso a paso, la galería de pasajes naturales los lleva a un solo sendero subterráneo. El tosco y deforme interior natural se convierte en un pasillo artificial, con suelo y paredes de piedra pulida. El techo, según avanzan los tres hombres, aumenta su altura hasta ocultarse en la oscuridad.

El portador de la antorcha va por delante, llevando también un cuchillo en su mano derecha. El del medio carga una bolsa con herramientas y diamantes recolectados. Mientras que el tercero va armado con un machete casi tan largo como su brazo.

El hombre de la bolsa nota el techo desaparecer de su vista, según avanzan, en su lugar hay picos que descienden como estalactitas. Sin la perspectiva adecuada, ignora que esos adornos no son obra de la naturaleza, sino colmillos pétreos esculpidos para emular las fauces de un depredador divino. Es así como los tres hombres, ingresan a un lugar donde la presencia humana se ha desvanecido hace siglos: el "Portal de La Oscuridad", uno de tres templos sagrados de un reino antiguo y olvidado.

La densidad y humedad del ambiente, que ya era opresiva en la galería de pasillos, se va incrementando. El olor a tierra mojada y mugre, compuesta por desechos de alimañas, forman un hedor cada vez más insoportable. El hombre de la bolsa se apoya en la pared izquierda. Trata inconscientemente de sentir alguna conexión con el mundo exterior. La tierra húmeda se adhiere a sus dedos evitando que sienta la roca esculpida.

Dos entradas llevan al interior del templo. El primero es un portal, ahora invadido de vegetación, que permite acceder por un largo descenso, a través de amplias escaleras. El segundo es el pasaje, conectado a la caverna, el cual se diseñó para un visitante muy especial. Ambas entradas cuentan, en los altorrelieves de sus paredes, la misma historia: El nacimiento de El Ser Verdadero, bajo el cobijo de su madre, La Oscuridad.

Una antigua religión, que había nacido en ese lado del continente, llevó a cabo la construcción de cada "Portal de La Oscuridad", donde se realizaban rituales fúnebres que despedían a reyes y elegidos. Los cadáveres eran depositados al pie de un altar, acompañados de danzas, música y ofrendas de todo tipo. La ceremonia de despedida culminaba con la purificación del cuerpo, cuya sustancia aprisiona la esencia de El Ser Verdadero. La sustancia del cuerpo es el alimento de Bhakshaya: El Depredador de las Sombras.

Un recuerdo parasitario en su instinto, llevó a la criatura a visitar el "Portal de La Oscuridad" mucho antes de la llegada de los tres hombres. Cumpliendo sin saberlo ni desearlo, su tarea como El Depredador de las Sombras.

Los tres hombres caminan mientras la penumbra les permite vislumbrar dos figuras rectangulares. Al acercarse con la luz, ven un ojo esculpido sobre cada puerta, en medio hay un objeto empotrado similar a un espejo. Al cruzar la estructura llegan a un amplio salón, tanto que la penumbra no logra rozar las paredes. A unos cuantos pasos más, sin haber cambiado de dirección, un brillo particular sobresale de un extenso muro. Un diamante y una máscara de marfil, incrustados en la pared del altar, les dan la bienvenida. El objeto más sagrado del "Portal de La Oscuridad" y símbolo de El Ser Verdadero. Partida en dos, con la quijada unida, la frente separada y el diamante en medio de ambas mitades, representa a El Ser Verdadero fragmentado, tal y como su esencia reside en cada ser humano.

El Depredador de las Sombras acecha e inicia su danza. Lenta, elegante y coordinadamente, sus movimientos lo aproximan a la primera víctima. Sus garras caen sobre los hombros de la presa, quien intentaba tocar la máscara. El hombre se desploma por el peso del cazador y su machete cae de sus manos al suelo. Una feroz mordida en la parte posterior le destroza el cuello y la inconsciencia llega antes que la inevitable muerte.

El hombre de la antorcha dirige la luz y nota los movimientos de Bhakshaya, purificando la sustancia de la primera presa. El cazador ruge y se refugia en La Oscuridad, desvaneciéndose de un salto. La antorcha solo ilumina el altar y el diamante de la máscara responde con su propia luz. El temor envuelve a los dos hombres restantes, se colocan a espaldas uno contra el otro y se acercan al arma del amigo muerto. La Oscuridad los envuelve, espera pacientemente cobijarlos cuando la luz invasora desaparezca. Bhakshaya, entre la penumbra y las paredes, se desplaza con elegancia fuera de la mirada directa de sus presas. Sin la oportunidad de atacarlos por la espalda, salta desde las sombras por un costado de los dos hombres. Se lleva al de la antorcha arrancando parte del cuello, siendo la cara el verdadero objetivo de las garras. El veloz movimiento del cazador tumba al otro hombre, mientras la bolsa se estrella en la oscuridad. La antorcha cae al empedrado suelo, reduciendo el alcance de

su luz. La segunda víctima muere en una corta agonía, entre La Oscuridad y la penumbra.

El sobreviviente, de rodillas, levanta la cabeza y ve el machete al pie del muro. Cerca del machete está Bhakshaya. Tras Bhakshaya, brilla la máscara. Bajo la máscara, la piedra esculpida.

Y en la piedra esculpida, la historia de la caída de El Ser Verdadero:

Caos acechó y destrozó a El Ser Verdadero. Los hijos de ambos son seres puros, depredadores de las sombras, de pelaje dorado como el sol, fauces como cavernas, garras poderosas como los rayos de las estrellas y ojos como el firmamento, cuando el firmamento es inundado por La Oscuridad. Estos depredadores de las sombras acechan, cazan y devoran a Caos, purificándolo. Antes de desaparecer dan a luz a Bhakshaya.

El hombre siente la mugre en sus manos cuando se apoya para levantarse, el aire denso por la humedad y saturado de hediondez. El magnífico altar está frente a él, acariciado por la penumbra. Puede distinguir cada accesorio que acompaña a la máscara. Ve el fuego de la antorcha reflejado en espadas empotradas, en joyas incrustadas y en collares de oro alrededor de la máscara. Lentamente endereza las rodillas y se pone de pie. Quieto ahora, nota que es prisionero en los ojos de Bhakshaya. Imagina su reflejo, la luz no es suficiente como para favorecer a la presa, pero el cazador está en su ambiente. Sobre él, la máscara con su expresión fragmentada.

La luz de la antorcha, desde el suelo, lucha contra La Oscuridad. Como al principio, antes de la concepción del mundo.

La energía purificada por los hijos de Caos y El Ser Verdadero, en su confrontación, dieron vida a los primeros habitantes. Tras la victoria, Caos destrozó en varias partes a El Ser Verdadero, encerrándolo en una prisión: la sustancia del cuerpo de los primeros humanos. Es condenado a dividirse en más y más partes, hasta olvidarse que sólo él es El Ser Verdadero e hijo de La Oscuridad.

Bhakshaya está fascinado por la tenaz mirada de su presa. Sus perfectas fauces se mueven con cada exhalación mientras el resto de su cuerpo espera la ocasión precisa. Presa y cazador están quietos. El hombre prisionero del miedo no dice nada, no abre la boca, el aire entra y sale de su cuerpo por la nariz, no se mueve y no parpadea.

La Oscuridad desea la liberación de su hijo. Bhakshaya espera ser libre de la mirada de su presa. El hombre, frente al cazador, está seguro gracias a la luz. La luz del fuego, elemento del Caos, aleja a La Oscuridad.

El hombre congela su expresión, Bhakshaya lo imita. Uno y otro no ceden en el duelo, sus miradas controladas aprisionan sus reflejos, el cazador a la presa y la presa al cazador. El fuego se va reduciendo. El hombre sabe que pronto La Oscuridad envolverá todo el templo y entonces Bhakshaya estará libre de su mirada. No puede ceder, lucha por mantener la sustancia, la prisión. Pero el fragmento de El Ser Verdadero dentro de él, desea salir. El cansancio va dominando al hombre. El sudor recorre su cuerpo. Una gota brota desde su frente, se desliza hasta amenazar sus ojos. Solo un parpadeo, solo eso necesita Bhakshaya para continuar la purificación.

Bhakshaya comprende la hipnosis mutua entre cazador y presa antes de que la antorcha se apague y antes de que el sudor del hombre inunde sus ojos. El cazador parpadea e instintivamente, la presa también lo hace. Bhakshaya, ahora libre de la mirada del hombre y ante el cobijo de La Oscuridad, cae sobre él de un salto.

El hombre siente el filo de las garras enterrándose, abriendo y arrancando la piel de su rostro. Abre los ojos por completo e intenta gritar, pero es tarde para eso. Su mirada captura el reflejo de su propia tráquea entre los dientes de Bhakshaya.

Ahora los tres cuerpos serán purificados, alimentando a Bhakshaya. La sustancia de esas prisiones no mancillarán al mundo, y los fragmentos de El Ser Verdadero serán libres, para continuar su conjunción. Será como al principio, cuando solo El Ser Verdadero se desplazaba, buceaba y contorneaba en La Oscuridad, su madre.

La antorcha se apaga y los reflejos se desvanecen de los ojos, de las espadas y del diamante en la máscara. Ya no hay mugre, hediondez ni densidad. En La Oscuridad solo queda, purificando, Bhakshaya.

DV